



## Vísperas en la Catedral con la Cruz de los Jóvenes

Queridos hermanos, queridos jóvenes:

Con profundo gozo y con viva esperanza hemos acogido esta mañana en la Parroquia de Cantalapiedra la Cruz de los Jóvenes, que viene a visitar nuestra Diócesis de Salamanca para darle nuevo aliento en su tarea pastoral con los jóvenes y prepararla así para la más fructífera participación en la Jornada Mundial de la Juventud, a celebrar en Madrid en agosto de 2011.

Con esta oración de Vísperas hemos acogido la Cruz de los Jóvenes y el Icono de María también en la Catedral, Iglesia primera de la Diócesis. Saludo cordialmente a todos los fieles que habéis participado en esta celebración. Os saludo con especial afecto a vosotros, los jóvenes, que, al recibir hoy la Cruz de los Jóvenes en esta Catedral, confesáis vuestra fe en el Señor Jesús, que en la cruz os ha mostrado su amor sin medida.

El encuentro con esta Cruz, que tocamos y vamos a llevar a varios lugares significativos de nuestra vida, ha de ser señal de un encuentro interior con Aquel que en la Cruz entregó su vida por todos nosotros. Hemos recibido con gozo esta Cruz para llevarla en procesión por las calles de nuestra ciudad y plantarla en medio de la Plaza Mayor, para que sea reconocida, respetada y venerada.

Os animo a proclamar ante la Cruz, con las palabras de San Pablo: “vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Gá 2, 20). Sí, queridos jóvenes, Cristo se ha entregado por cada uno de vosotros y os ama de modo único y personal. Responded vosotros al amor de Cristo ofreciéndole vuestra vida con amor. De este modo, la Jornada Mundial de la Juventud alcanzará su fruto: renovar y fortalecer la experiencia del encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Para ello os exhorto hoy vivamente a renovar vuestra decisión de seguir tras las huellas de Cristo o, al menos, a hacer más intensa vuestra búsqueda.

A cuantos quieren ver a Jesús y preguntarle: “¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?” (Mt 19,16; Mc 10,17; Lc 18, 18), el Maestro les responde: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna” (Jn 12, 24-25).

Quien quiere vivir sólo para él mismo, tener todo bien dispuesto para su provecho y explotar a su favor todas posibilidades que se le vayan presentando, éste precisamente pierde la vida. El egoísmo se la vuelve tediosa y vacía.



Carlos López Hernández

Solamente en la entrega de la propia vida al amor de Dios, nuestra vida se engrandece. El amor verdadero significa dejarse a sí mismo, entregarse, no querer poseerse a sí mismo, sino liberarse de sí: no replegarse sobre sí mismo, pensando ¿qué será de mí?, sino mirar hacia fuera, hacia Dios y hacia los hombres que él pone a mi lado. Y este camino del amor es el despliegue del misterio de la Cruz de Cristo.

A cuantos le siguen cargando con su cruz, Jesús los declara dichosos y alegres por la esperanza de la recompensa eterna en el cielo (cf Mt 5, 1-12). E incluso les asegura que su yugo les resultará suave y su carga ligera, si aprenden a seguirle con un corazón sencillo y humilde, semejante al suyo (Mt 11, 29-30).

Así Jesús se nos hace vida, camino y meta y nos invita por medio del apóstol Pablo a permanecer firmes en la fe, arraigados y edificados en él (cf Col 2,7). Como piedras vivas de su Cuerpo, que es la Iglesia.

En estos días de la Visita de la Cruz y del Icono de María os animo a contemplar a Cristo en los misterios de su pasión, muerte y resurrección. En ellos hallaréis lo que supera toda sabiduría y conocimiento, es decir, el amor de Dios manifestado en Cristo. Aprended de Él, que no vino «a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 45). Este es el estilo del amor de Cristo, que nos salva.

En el Bautismo habéis sido marcados con la cruz de Cristo y hechos propiedad suya. Por eso, habéis de abrazar y adorar la cruz del Señor. Hacedos cada vez más dignos de ella y jamás os avergoncéis de este signo supremo del amor.

Con la protección de la Santísima Virgen María, dejaos invadir de la fuerza y sabiduría de la Cruz y comunicadlas con alegría a los demás.

Catedral Vieja, 27 octubre 2010